

José Rivero Herrera. *Educación y actores sociales frente a la pobreza en América Latina*. Lima: TAREA

LUIS SIME
POMA

El libro que esta vez nos entrega el educador peruano José Rivero, nos permite reconocer la problemática de la educación de estos tiempos desde un enfoque comparativo entre países de América Latina, tanto de sus políticas como de sus experiencias socioeducativas. Este libro se compone de cuatro partes, cada una con su propia identidad discursiva. Así, en la primera el autor se posiciona críticamente ante temas macrosociales de gran complejidad, titulado: «Límites de las reformas educativas para asumir la globalización y enfrentar la pobreza». Luego de repasar por las diferentes consecuencias de la globalización y resaltar la persistencia de la desigualdad y pobreza en la región, el autor nos llama la atención que en «Latinoamérica no existe la intención de enfrentar desde la escuela el problema de la pobreza. Los maestros no son formados para dialogar y trabajar con niños pobres y sus carencias materiales y afectivas. Son aún escasos los estudios sobre la desigualdad educativa como problema social» (p. 41). Esta constatación es muy relevante y consideramos que es el punto de partida para repensar la formación inicial y continua de los docentes, pero que no solo construya una imagen de la infancia desde sus carencias sino también desde sus potencialidades. En esta primera parte, el autor insiste en las insuficiencias de las reformas educativas en materia de equidad, en parte por la falsa identificación de modernización con privatización. Esta parte cierra con prioridades para una agenda educativa que considera los desafíos de la gobernabilidad y la globalización. Mi apreciación crítica sobre esta primera parte es que si bien alude al inicio en una página y media sobre problemas claves que la globalización ha agudizado como la cuestión de la energía y el calentamiento global, estos luego no son retomados y rearticulados con otros tópicos que permitan, por ejemplo, develar que estamos ante la crisis de un paradigma de desarrollo frente al cual la educación debe contribuir a la emergencia

de un paradigma de desarrollo sustentable por medio de diversas políticas educativas, como la educación ambiental, educación del consumidor, educación para la prevención de desastres naturales, entre otras. En suma, se trata no solo de fortalecer la educación pública para fortalecer la equidad, sino también para hacerla sustentable. La crisis climática agudizará la pobreza y exacerbará la desigualdad a menos que reorientemos la educación, junto con otras áreas de la sociedad, hacia el horizonte de la sustentabilidad.

En la segunda parte, a diferencia de la primera, el autor se centra más en enfocar un tema específico como es la educación temprana como piedra angular del desarrollo humano. En estas páginas el autor retoma los avances científicos, como los aportes de la neuropsicosociología del desarrollo, que avalan la trascendencia de la atención a la niñez desde la gestación hasta los tres años. Un aspecto valioso de esta parte es el registro de experiencias de programas relevantes que en cinco países de América Latina han trabajado a favor del desarrollo infantil. Más aún, la presentación de estos programas ha sido muy bien organizada presentando tanto la justificación y características de los mismos como las lecciones aprendidas de dichos programas. Lamentablemente no se ofrecen las páginas web de las instituciones que promueven estas experiencias y que podría ayudar a que el lector pueda acceder a ellas más directamente para ampliar su información.

La tercera parte esta dedicada a abordar también una temática particular como es «la alfabetización y la educación de personas jóvenes y adultas como factor de igualdad educativa». De esta forma, el libro nos ofrece una reflexión que incluye tanto el interés por la niñez —en la parte anterior— como por los jóvenes y adultos. Luego de hacer una revisión y discusión sobre el mismo concepto de alfabetización o alfabetización funcional —el cual como bien advierte, no está cuantificado ni asumido en las estadísticas oficiales—, y aportar cifras sobre esta problemática, el autor se plantea una pregunta central: «¿por qué han fracasado tantos programas y campañas de alfabetización?». Entre los factores que incluye sostiene que la alfabetización no ha estado asociada a otras necesidades básicas de los participantes, o se ha limitado su éxito a una metodología, o se ha realizado sin un plan de posalfabetización y educación básica vinculadas al trabajo; asimismo, han sido programas sin supervisión y evaluación y con presupuestos insuficientes. En esta parte, el autor también nos ofrece un repertorio de trece experiencias educativas de la región, esta vez de alfabetización.

La última parte de este libro presenta un enfoque diferente. Mientras las dos anteriores sitúan lo educativo ante problemas, demandas y experiencias desde la infancia, los jóvenes y adultos, aquí el eje son los movimientos

sociales. Aquí resulta valiosa la información que documenta las diversas formas cómo sujetos ubicados en espacios diferentes se apropian de lo educativo en medio de la conflictividad social. Dada la centralidad del concepto de «movimientos sociales» en esta parte del texto, pensamos que este hubiera merecido mayor discusión sobre los alcances y límites de su significación. La parte donde el autor se acerca a presentar una definición del mismo es cuando señala: «Los movimientos sociales, por definición, están compuestos por personas que se implican voluntariamente en ellos para cuestionar el orden existente y crear imaginarios y realidades diferentes» (p. 200). Considero que necesitamos problematizar más la discusión conceptual sobre los movimientos sociales en relación con las teorías sobre capital social que merecen ser consideradas como un referente teórico para la discusión sobre lo social en la medida que dichos movimientos representan formas de asociación que son parte de dicho capital, definido por Fukuyama (2003: 26), como «el conjunto de relaciones sociales caracterizadas por actitudes de confianza y comportamientos de cooperación y reciprocidad». Este autor agrega que se trata de un recurso, que al igual que la riqueza y el ingreso, está desigualmente distribuido en la sociedad. En ese sentido, dichos movimientos generan un nivel de confianza en la acción colectiva como acción de resistencia y de propuesta, aunque no siempre el nivel de la propuesta sea articulada y con coherencia.

Por otro lado, siguiendo a Touraine (citado en Vargas 2003: s/p), quien define al movimiento social como «una acción colectiva orientada a la implementación de valores culturales centrales contra los intereses e influencias de un enemigo definido en términos de relaciones de poder. Un movimiento social es una combinación de conflictos sociales y de participación cultural», podemos plantearnos la interrogante sobre ante quién se definen estos movimientos, qué identidades contestatarias se están formando desde estos movimientos: ¿identidad antineoliberal? ¿identidad antiestatal? ¿identidad antiprivada? ¿identidad antipartidos? ¿identidad antisistema?; y qué identidades propositivas están latentes: ¿identidad por la educación pública?, ¿identidad por la democracia?, ¿identidad corporativa? ¿identidad por valer a través de la educación?

Por otra parte, necesitamos valorar más la construcción de estos movimientos sociales que tienen como un eje central de vinculación a la educación, y lo hacen no solo en reacción ante el Estado, sino también en el contexto de una sociedad cada vez más mediada por la influencia de los medios de comunicación, lo cual les permite formas de actuación más allá del ámbito territorial y micro. No estamos solo ante la pregunta sobre cómo son representadas sus

luchas en los medios de comunicación, sino cómo se apropian dichos movimientos de la tecnologías modernas de comunicación para informar y crear un capital simbólico. Vargas (2003: s/p) resalta que «los nuevos movimientos sociales emergen, se organizan y se desarrollan en función de sus infraestructuras y capacidades para establecer ciertos códigos de comunicación que facilita la acción colectiva mediante una articulación tecnológica que comprime lo local con lo global». Al respecto, es interesante ver, por ejemplo, la diversidad de videos insertos en Youtube sobre la protesta de los estudiantes chilenos, lo cual nos lleva a sugerir que hoy día los movimientos sociales necesitan articular más escenarios de visibilidad. Igualmente, la presencia en *blogs* y redes sociales virtuales son otros recursos sobre los cuales aún no conocemos sus implicancias en la formación de un tipo de movimiento social.

El texto segmenta su aporte en brindarnos ejemplos de movimientos sociales a nivel de la educación campesina e indígena, como la del Movimiento sin Tierra en el Brasil, y la de las organizaciones indígenas de la Amazonía peruana; así como de movimientos populares urbanos, centrándose en los casos de Chile —como el ya conocido movimiento de los escolares, «la rebelión de los Pingüinos»— y Argentina, a través de la singular experiencia de los bachilleratos populares organizados por el movimiento de recuperación de empresas por parte de los mismos trabajadores para evitar el cierre de ellas en medio de la crisis económica que vivió dicho país; y finalmente los movimientos docentes, en lo cual resume las experiencias sindicales de México, Chile y Colombia.

De manera complementaria a la documentación de los movimientos descritos por el autor queremos llamar la atención en un tipo de movimiento social que también gira en torno a lo educativo y que requiere ser más retratado en los estudios y es aquel que ha demandado moralidad en la educación, y que denuncian la corrupción en las escuelas, así como en las universidades, en las instancias intermedias y altas del sistema educativo. Este se trata de un movimiento muy localizado y disperso, a veces articulado desde ciertas instituciones del Estado como en el caso del Perú con la campaña liderada por la Defensoría del Pueblo en 2007 (Educación sin corrupción), dado que el sector educación se ha convertido en el sector de mayor denuncias; otras veces liderado por las propias asociaciones de padres de familia escolares que logran hacer movilizaciones locales y toma de escuelas para exigir la salida de alguna autoridad o docente corrupto, otras liderado por los movimientos estudiantiles universitarios, cuando se trata de casos de corrupción en esos escenarios de la educación superior.

También vale reconocer los esfuerzos de movimientos ciudadanos por la educación en coyunturas de campañas políticas electorales, en los cuales se trata de influir en la agenda de dichas coyunturas buscando legitimar el tema educativo como uno de los temas centrales y así exigir que los candidatos y agrupaciones políticas tomen posición sobre el tema. Es el caso de la experiencia en 2002 en Ecuador del Movimiento Ciudadano Contrato Social por la Educación. Entre sus *spots* recuerdo uno muy directo: «Si tu candidato no sabe como cambiar la educación, cambia de candidato». Esta búsqueda de incidencia de estos movimientos ciudadanos nos lleva nuevamente al tema de los medios de comunicación que señalamos anteriormente, donde hay variaciones en el uso de los mismos, según nos acota Aragón (1997), al estudiar la presencia de la temática educativa en la prensa durante las coyunturas electorales en tres países de América Latina: «Puede suponerse por lo tanto que, mientras el discurso y los contenidos que hacen parte del *escenario político hegemónico* tiene en los medios televisivos su principal soporte, los *escenarios contra hegemónicos* han encontrado, en los países en estudio, un apoyo sustantivo en la prensa escrita, si no en toda, al menos en un sector significativo de ella».

El autor finaliza tratando de encontrar característica comunes y principales desafíos sosteniendo como pregunta motivadora: «¿Qué tienen que decir sobre la educación y sus crisis los movimientos sociales? ¿Qué debates, propuestas y desafíos plantean con sus luchas, sus resistencias, sus propias prácticas educativas?» (p. 290). Creemos que entre los desafíos no citados por el autor es sobre la propia ética de los denominados «movimientos sociales», lo que nos lleva a enfatizar en los problemas de corrupción, de conductas ilícitas y hasta poco democráticas al interior de dichos movimientos. Es necesario trabajar más la conflictividad no solo entre estos movimientos y el Estado, sino al interior de ellos mismos, donde se dan conflictos de intereses manejados con códigos éticos diferentes y hasta contradictorios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARAGÓN, Virgilio

1997 «Educación y prensa en el contexto electoral: un estudio comparado Argentina, Brasil y México». *Educ. Soc.*, vol. 18, N° 58, pp. 84-122, Campinas. Fecha de consulta: 3/11/2008. <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0101-73301997000100004&lng=en&nrm=iso>.

FUKUYAMA, F.

2003 «Capital social y desarrollo: la agenda venidera». En R. Atria y M. Siles. *Capital social y reducción de la pobreza: en busca de un nuevo paradigma*. (33-48). Chile: CEPAL. Fecha de consulta: 20/01/2005. <http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/6/11586/Primera_parte.pdf>.

VARGAS, José

2003 «Teoría de la acción colectiva, sociedad civil y los nuevos movimientos sociales en las nuevas formas de gobernabilidad en Latinoamérica». *Revista Latina de Comunicación Social*, 54. Fecha de consulta: 20/01/2005. <<http://www.ull.es/publicaciones/latina/200353vargas.htm>>.